

Capítulo 17. Carta N°17.



No me extraña querida amiga, que usted rehúse compartir mis ideas. Ya una vez le pedí a usted que leyese mis cartas como se lee un relato de viajes. Y no pretendo que usted le atribuya más valor a esta narración que a la de aquel inglés que, con haber estado sólo dos horas en Calais, afirmaba que todos los franceses eran pelirrojos y tenían pecas porque, por casualidad, el camarero que lo sirvió tenía este aspecto.

Usted considera una broma el que yo le atribuya al Ello intencionalidad, el que lo considere capaz de provocar un resbalón y la fractura de un miembro. Yo llegué a este supuesto -y no es más que eso, un supuesto-, porque se puede trabajar a partir de él. Para mí existen dos clases de opiniones: aquellas que se tienen por gusto, o sea, opiniones de lujo, y aquellas otras que se utilizan como instrumentos, o sea, las hipótesis de trabajo. El que sean verdaderas o falsas es, para mí una cosa secundaria. En este caso estoy con Cristo cuando le preguntó Pilatos: “¿Qué es la verdad?”, y él le contestó, como se dice en uno de los Evangelios apócrifos: “La verdad no está en el cielo ni en la tierra, ni entre el cielo y la tierra”.

A lo largo de mis estudios e investigaciones sobre el alma también llegué a ocuparme

una que otra vez con el fenómeno de los desmayos, y me vi obligado, casi diría, contra mi voluntad, a admitir que cada caso es un aviso del Ello que dice: “Ten cuidado; si no caes”. Si usted quiere examinar por sí misma el asunto no pierda de vista que hay dos clases de caídas, las caídas reales del cuerpo y las caídas morales. El Ello parece que no está en condiciones de poder distinguir claramente entre ambas, o, mejor, para expresarme de otra manera, que, al pensar en una caída piensa inmediatamente en la otra. El desmayo es, pues, una advertencia en ambos sentidos, en el sentido real y en sentido simbólico-figurado. Y cuando el Ello considera que, por ejemplo, un simple desmayo, un paso en falso, un tropiezo, un cabezazo contra un poste de telégrafo, las molestias de un callo en el pie o una pisada sobre una piedra aguda no bastan a convertirse en una advertencia eficaz; entonces opta por arrojar a uno con fuerza al suelo, hacerle un agujero en la cabeza, herirle en un ojo o fracturarle un miembro, el miembro con el que el hombre pretendía pecar. Quizá prefiera incluso mandarle alguna enfermedad; por ejemplo, la gota. Volveré en seguida sobre esto.

De paso quisiera subrayar que no soy yo quien considera el pensar en un asesinato, un deseo de adulterio, el planeamiento de un robo o una fantasía masturbatoria como pecado, sino el Ello de la persona en cuestión. Yo no soy ni cura ni juez, sino médico. El bien y el mal no me importan. Yo no soy quien juzga, sino que únicamente constato el hecho de que el Ello de ésta o aquella persona considera esto o aquello como pecado, que lo juzga así o asá. Por lo que a mí mismo respecta procuro seguir el mandamiento: “No juzguéis y no seréis juzgados”. Y llevo a ampliar tanto el sentido de estas palabras que incluso rehúso juzgarme a mí mismo y trato de que mis pacientes dejen también de juzgarse a sí mismos. Esto puede sonar muy piadoso o muy frívolo, depende lo que cada uno quiera ver en ello, pero en el fondo no es sino un recurso médico. No temo que de ello puedan derivarse desgracias. Cuando yo le digo a la gente -y se lo digo de verdad- “ustedes deben ser capaces de no tener reparos a bajar los pantalones en pleno día en una calle muy concurrida y dejar allí el montón”, el acento de lo que les digo cae sobre las palabras ser capaces. De que el enfermo no llegue a realizarlo se encargan la policía, las costumbres y el miedo que, desde siglos, le han venido metiendo en la cabeza. A este respecto me siento yo muy tranquilo, aún cuando usted me llame mil veces Satanás y corruptor de costumbres. Con otras palabras, que por mucho que uno se esfuerce en no juzgar ello no se consigue. Siempre y eternamente está abocado el hombre a hacer juicios de valor. Le pertenece lo mismo que el tener ojos y narices. Sí, porque tiene ojos y narices ha de decir continuamente: esto es malo. Lo necesita porque necesita adorarse a sí mismo. El más humilde lo hace. Cristo mismo en la

cruz lo hizo cuando dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, y con otras palabras: “Todo está consumado”. De fariseos es decir siempre: “Te doy gracias, Señor, porque no soy como aquél”, pero también es humano. Pero igualmente humano es: “Dios tenga piedad de mí, pecador”. El hombre tiene, como todo, dos lados. Unas veces se muestra de un lado, otras de otro, pero ambos lados están ahí. Como el hombre tiene que creer en la libertad de su voluntad, como ha de sentirse meritorio de algunos de los rasgos de su naturaleza, así ha de inventar también su culpa ante sí mismo, ante otros y ante Dios.

Ahora le voy a contar a usted una historia que no me va a creer. A mí, por el contrario, me hace mucha gracia, y como en ella se hallan comprimidas muchas de las cosas que todavía no le he dicho, o que no le he dicho de una manera suficientemente clara, se la voy a contar.

Hace algunos años vino a mi tratamiento una dama que padecía inflamaciones periódicas de las articulaciones. Los primeros síntomas de la enfermedad hay que buscarlos dieciocho años antes. Entonces, que era el tiempo de la pubertad, comenzó a inflamarse y a doler la pierna derecha. La primera vez que la vi tenía las articulaciones de la mano, los dedos y los codos casi incapacitados, de modo que la enferma tenía que ser alimentada por otra persona. Los muslos apenas los podía separar, ambas piernas estaban totalmente rígidas, no podía torcer ni doblar el cuello, entre los dientes de arriba y abajo no entraba ni siquiera un dedo, pues las articulaciones de la mandíbula estaban afectadas, y la enferma no podía elevar los brazos a la altura de los hombros. En pocas palabras: que como ella dijo en un momento de humor negro, no estaba en condiciones, en caso de que viniese el Kaiser, de gritar ¡hurra! Y saludarle con la mano como había hecho una vez cuando era niña. Había pasado dos años en la cama sin poderse servir a sí misma; en una palabra, su estado era lamentable. Y aun cuando el diagnóstico, que hablaba de tuberculosis, y de acuerdo al cual la habían tratado durante años, no resultó ser cierto; se podía hablar con toda razón de artritis deformante grave. La enferma puede andar ahora otra vez, come por sí sola, trabaja en el jardín, sube escaleras, dobla suficientemente las piernas y gira e inclina la cabeza a placer, puede abrir las piernas si tiene gusto de ello y, si de verdad viniese el Kaiser, podría gritar ¡hurra! sin dificultad. Con otras palabras, que está curada, si es que queremos llamar curación a una recapacitación total. Llamativo es únicamente que, al andar, saca demasiado el culo, como si invitase a que le den azotes en él. Y todos estos tormentos los padeció porque su padre se llamaba Federico Guillermo y porque se le hizo creer, para tomarle el pelo, que no era hija de su madre, sino que había sido encontrada en un matorral.

Y con esto llego a hablar sobre lo que quienes piensan como yo llaman la novela de la familia en Freud. Usted se acordará de los años de su infancia, en que usted se ocupaba vivamente, jugando o soñando, con la fantasía de haberle sido robada a sus auténticos padres, gente de rango y alcurnia, por los gitanos, y que el padre y la madre actuales no eran sino padres adoptivos. Pensamientos como éste o semejantes los tienen todos los niños. En realidad no son más que deseos reprimidos. Mientras uno anda en pañales y es el amo de la casa el acuerdo con los parientes es perfecto, pero cuando empieza la educación con sus exigencias justas e injustas e interviene en nuestras costumbres, empezamos a considerar a nuestros padres menos dignos de tener un hijo tan maravilloso. La consecuencia es que acabamos degradándolos a la categoría de padrastros, asnos y brujas, mientras que a nosotros nos tenemos por desventurados príncipes. Todo esto lo encuentra usted en sagas y cuentos o, si lo quiere más cómodo, en los ingeniosos libros de la escuela de Freud. Y allí se entera usted también que nosotros en principio consideramos al padre como al ser más alto, mejor y más fuerte, pero que poco a poco nos vamos dando cuenta que éste y el otro están por encima de él, que no es ni mucho menos aquel señor absoluto que nosotros nos habíamos figurado. Pero como queremos a toda costa retener la idea de ser hijos del supremo señor -pues tanto la veneración como la vanidad son sentimientos de los que no podemos prescindir- nuestra fantasía inventa la historia del robo, la historia de nuestra vida. Y, digámoslo también, como a fin de cuentas el rey no nos resulta tampoco suficientemente sublime como para saciar nuestra incansable sed de grandeza, acabamos decretando ser hijos de Dios y creamos con ello el concepto de Dios Padre.

Una novela familiar de este estilo vivía, si bien para ella inconsciente, en la enferma de quien le quiero a usted hablar. Su Ello se servía a estos efectos de dos nombres: del de su padre, Federico Guillermo, y del suyo propio, Augusta. Como complemento utilizaba la teoría infantil de que las muchachas provienen

de los muchachos por castración de estos últimos. El hilo de los pensamientos es como sigue: Yo procedo de Federico Guillermo, el antiguo príncipe heredero y luego Kaiser Federico, soy propiamente un niño, heredero del trono y algún día legítimo sucesor como Kaiser con el nombre de Guillermo. Inmediatamente después de nacer fui raptado y en mi lugar en la real cuna pusieron al hijo de una bruja que, una vez crecido, se hizo cargo de la Corona con el nombre de Guillermo II, todo esto de manera ilegítima y en perjuicio mío. A mí mismo me dejaron abandonado en un matorral y, para quitarme toda posible esperanza, me cortaron los genitales y me convirtieron en una muchacha. Como único signo de mi alcurnia me dieron el nombre de Augusta, la sublime.

Es posible determinar con toda exactitud los comienzos de esta inconsciente fantasía. Tiene que haberse originado a más tardar en el año 1888, o sea, en una época en que la enferma no tenía todavía cuatro años de edad. Pues la idea de proceder de la familia Hohenzollern se basa en el nombre de Federico Guillermo, nombre que el imaginado padre sólo llevó mientras fue príncipe. Los comentarios sobre su enfermedad, cáncer (o sea, como ya explicamos una vez, cangrejo)¹(1), frente a los cuales la niña de cuatro años poco podía hacer a no ser asociar a la idea de cangrejo la de pinzas o tijeras y de allí pasar a la de castración, tienen su importancia precisamente a estos efectos. Es muy fácil asociar a todo esto la experiencia personal de cortar el pelo o las uñas cuyas relaciones con el complejo de castración se reforzaban al oír el cuento del muchacho desgreñado. En el mismo libro se narra también la historia de Konrad el chupadedos, una historia que no puede sino despertar viejas nostalgias del pecho materno y atormentadores recuerdos del tiempo en que al niño se le quitó la teta, del tiempo de esa ineludible castración que nos separa de la madre.

Todo esto no hago más que insinuarlo esperando que usted, por su cuenta, siga meditando al respecto. Pues únicamente la propia reflexión es capaz de convencer a uno de que precisamente la edad de tres a cuatro años es la más apropiada para alimentar una fantasía tal que llegue a dar origen a cosas tan terribles como la de mi paciente. Preste usted atención: El Ello de esta persona está convencido o, más bien, quiere estarlo, de que es el Ello del legítimo Kaiser. El portador de la corona no mira ni a derecha ni a izquierda, el juzga sin consideraciones, no dobla su cabeza ante ningún poder de la tierra. “Así, pues -ordena el Ello a los humores y fuerzas de la persona a quien él gobierna-, sentadme bien la cabeza que no se mueva, tabicadme bien sus vértebras. Cerradme las mandíbulas, para que no pueda gritar ¡hurra!, pues este grito ya lo dio una vez, a la vez que saludaba al usurpador, al hijo de la bruja. Paralizadme los hombros, para que no pueda otra vez saludar, levantando el brazo al falso Kaiser, como ya una vez lo hiciera; las piernas tienen que ponerse rígidas, para que jamás caigan en la tentación de doblarse ante nadie, como corresponde a un Kaiser. Haced que los muslos no puedan separarse, que ningún varón pueda penetrar por entre ellos. Esto significaría el éxito del plan diabólico, si este cuerpo, convertido por el odio y la envidia de hombre en mujer, llegase incluso a dar a luz a un hijo. Ello significaría la pérdida de todas las esperanzas. Obligadlo a que ande con el bajo vientre retirado hacia atrás para que nadie llegue a alcanzar la entrada. Todavía no hay razón alguna para suponer que los atributos de la masculinidad, de los que fue ignominiosamente privado, no hayan de crecer de nuevo algún día, pudiendo de nuevo volver a ser varón el Kaiser. Demostradle vosotros, humores y fuerzas, a quien ha sido privado de su masculinidad, que sigue siendo posible que miembros flácidos se conviertan en miembros duros, hacedle captar la idea de la erección, del ponerse tieso y duro, haciendo que las piernas se pongan rígidas y no puedan doblarse, que no puedan relajarse; enseñadle simbólicamente que es un hombre y un macho”.

Me imagino perfectamente, venerada amiga, que a usted, ante todo esto, se le escapará lo de “¡qué tontería!”. Y luego se le ocurre a usted la idea de que lo que le cuento son las manías de grandeza de una pobre enferma mental. Pero esto no debería usted pensarlo. Mi paciente está mentalmente tan sana como usted. Lo que yo le he contado son algunas ideas -y de ningún modo todas- que puede utilizar cualquier Ello para, por ejemplo, provocar la gota o alguna parálisis. Si mis observaciones la llevasen a usted a reflexionar un poco sobre el origen de las enfermedades mentales, se daría usted cuenta de que el enfermo mental,

1.- En alemán, la palabra *Krebs*, con la que opera el autor, significa con toda claridad a la vez “cáncer” y “cangrejo”, mientras que en Español hay que recurrir al latín para darse cuenta de ello. (N. del T.).

considerado sin prejuicios, no es tan demente como a primera vista parece, que sus ideas fijas son ideas como las que todos tenemos y no podemos sino tener, pues sobre ellas descansa todo el acontecer humano. Por qué, sin embargo, El Ello hace en unos de tales ideas la religión del Dios Padre, en otros la gota, en otros provoca la demencia...; por qué a unos los empuja a la fundación de imperios y dinastías, por qué mueve a las novias a que se casen y a todos nosotros a tratar de perfeccionarnos, a tener amor propio y, en ocasiones, convertirnos en héroes... Todo esto son cuestiones con las que usted puede ocuparse en sus horas de aburrimiento y de ocio.

Usted no debe imaginarse que encontré en el alma de mi paciente esta historia del príncipe raptado, etc., tal como yo se la he contado. Al contrario, la encontré hecha mil jirones; jirones ocultos en los dedos, en la nariz, en las tripas y en el bajo vientre. Juntos logramos ir reconstruyéndola; pero, unas veces intencionadamente y otras por ser demasiado tontos, muchas cosas no las encontramos y otras las dejamos de lado. Es más, he de confesar que, a fin de cuentas, di de lado a todo lo oscuro. Y precisamente lo oscuro es lo más importante. Pues si lo consideramos bien -pero usted debe olvidar inmediatamente lo que ahora digo-, todo lo que se cree saber acerca del Ello es algo sólo condicionadamente cierto, sólo cierto en el momento en que el Ello se expresa a través de una palabra, un síntoma, un gesto. Al minuto siguiente la verdad ya no está allí y no hay quien la encuentre, ni en el cielo ni en la tierra ni entre el cielo y la tierra.

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck